

## INFLUENCIA DE LA MONTAÑA SOBRE EL HOMBRE

8:6349

Por VÍCTOR MARÍA DE SOLA,  
Ingeniero de Montes.

Lógicamente hemos de principiar por explicar cómo nació esa montaña de tan decisivo influjo.

Con el místico fervor de los hagiógrafos y la fría tenacidad de los hombres de ciencia, los geólogos encórvanse unas veces sobre los áridos libros de ciencia, y buceando otras en las entrañas terrestres, en busca de una concepción orogénica, llena de erudición y cordura.

¡ Pobres sabios que con paciencia benedictina estrujan su potente cerebro desmenuzando complicadas teorías y tratando de escudriñar los secretos de la Naturaleza, para encerrar en un tratado sapientísimo los arcanos del planeta!

La enorme claridad de su talento es ¡paradoja cruenta!, la propia venda que oscurece su razón, impidiéndoles ver que corren tras un ansia perseguida por los hombres todos, quizá porque les está vedado el alcanzarla: la verdad.

Enumerar, aunque sólo sea someramente, las hipótesis concebidas para dar una explicación técnica de los fenómenos orogénicos, sería empresa de titanes. Desde la escuela de impulsos verticales de Leopoldo Buch, con arreglo a la que toda montaña es un cono o cráter de levantamiento, hasta la de la red pentagonal, pasando por la teoría del empuje tangencial, la de la contracción y la ley de Haug, según la cual "las cadenas

(1) Véase la HOJA DIVULGADORA núm. 2, de 1943.



montañosas se forman sobre los geosinclinales”, hay supuestos para todos los gustos, algunos tan fantásticos que semejan lucubración de orate más que producto de hombre docto, tal como ésta de un ilustre profesor: “El sol y la luna, no solamente producen las mareas, sino que levantan la corteza terrestre alzando ondas sólidas que son las montañas”.

Modernamente, Wegener, al desterrar la inmovilidad de los continentes, afirmando que se hallan dotados de movimientos horizontales, dando vida a su célebre teoría de traslaciones continentales, atribuye la formación de esas montañas al acortamiento por presión del frente de los bloques en deriva, en tanto Hartmann, en su otra teoría de la oscilación, niega que la altitud de las montañas se deba al plegamiento, sino que tal relieve se obtiene por levantamiento, debido a movimientos verticales y oscilaciones del suelo.

Dejemos a los geólogos en su inútil empeño de hacer mezquino lo grandioso, vertiendo abstrusas teorías en las páginas de sus sapientes volúmenes. Sólo la imaginación, en compañía de su eterna aliada la fantasía, puede explicar lo inexplicable, y utilizando ese Pegaso en que decidimos cabalgar y montados sobre él, volemós por la región de lo mágico, oyendo a los mitólogos que van a relatarnos bellas historias.

Orfeo, aquel que supo arrancar a la lira sus más dulces sonidos, y Apolo, el dios del canto y la poesía, reuniéronse cierta vez en los tiempos felices de la Grecia primitiva.

Al tañido prodigiosamente delicado de la lira de Orfeo, las piedras, fascinadas por tan sublime armonía, acudían para escucharlo; al propio tiempo, seducidas por el canto maravilloso de Apolo, se alzaban, deseosas de no perder el más leve matiz de la voz cautivadora; y así nació el “Helicón”, la histórica montaña mansión de las Musas.

Abramos ahora el “Kojiki” y el “Nihongi”, los sagrados libros del sintoísmo, y leamos.

Yzanagi y su hermana Yzanami, los dos espíritus predecesores de todo lo creado, fueron encargados por los dioses de fundar el mundo. Un día, desde un puente tendido en pleno cielo, batiendo el mar con una lanza adornada de piedras preciosas, consiguieron solidificarlo. Este fué el origen de la primera montaña japonesa: “El Onogoro”.

Gozosos de su obra, descendieron a ella, y observando a una

nevatilla aprendieron los secretos del amor. Yzanami, siempre el eterno femenino, fué la primera en invitar a su hermano a la iniciación en ellos; pero estas uniones, en las que siempre procedía de ella la tentación, sólo produjeron seres inferiores: un engendro, el niño sangsue, y una isla de espuma.

Consternados acudieron a los dioses pidiéndoles *hijos buenos*, y aquéllos les descubrieron “que los hijos no eran buenos, por que la mujer era quien había hablado primero”. Descendieron de nuevo a El Onogoro, y el idilio se reanudó a instancia de él, y de estos amores fraternales nació la segunda montaña del mundo: “El Awadji”.

Ojeemos a continuación los “Vedas”, esos cuatro libros que encierran las cuatro palabras pronunciadas por Brahma, y allí encontramos la montaña más asombrosa del orbe: el monte “Merú”, de la cima áurea sostenido por cuatro pilastras de oro, plata, cobre y hierro, cuyas laderas son de cristal, zafiro, plata y oro, la montaña sagrada donde vive el dios Siva, y en la cual, según cantan los poetas indios, hay una llanura con una mesa cuadrada, adornada con nueve piedras preciosas y en medio el loto, que lleva en su seno el triángulo, origen y fuente de todas las cosas, del cual sale el “Lingam”, dios eterno que estableció allí su morada.

Ignoramos cómo nació el portentoso “Merú”; sólo sabemos cómo volvió a nacer, pues los dioses, deseando crear el brebaje de la inmortalidad, lo arrojaron al mar. Y este segundo nacimiento fué debido a Visnú, que en forma de tortuga levantó sobre sus espaldas la sacra montaña, hasta que de nuevo el “Merú” volvió a mostrar orgulloso su giba de oro.

Retrocedamos hasta Milton para escudriñar su maravilloso “Paraíso Perdido”, y en él encontramos estas palabras: “... entonces Dios dijo: Reúnanse en un lugar las aguas que están debajo del cielo y aparezca la tierra seca. Al punto emergieron las enormes montañas, escondiendo sus anchas y desnudas laderas en las nubes, mientras que sus cimas se elevaban hasta el cielo”.

Volvamos nuevamente a los clásicos y aprenderemos que Cibele, celosa de Neptuno, al fin mujer, quiso un día romper la austera monotonía de sus llanos y con el auxilio de los inmortales onduló la corteza planetaria, plegándola en ondas sólidas.

Oigamos, por último, a Ruskin, el filósofo de la Naturaleza que figura entre sus más certeros observadores, el cual, en su obra *Modernos Pintores*, dice: “Ha de observarse que para dar al mun-

do la forma que tiene hoy, no se necesitó meramente el proceso que se sigue para labrar una escultura. Los montes no se mantenían firmes ni por un día, si no estuvieran formados con materiales por completo diferentes a los que constituyen las bajas colinas y las superficies de los valles. Fué necesario preparar una materia más consistente para cada cadena de montañas; pero no tan dura que no pudiera disgregarse y formar tierra adecuada para alimentar los bosques; no tan dura, que en medio de la grandiosa majestad de su entronizada grandeza, dejase oculta el sello de la muerte y la escritura de la sentencia terrible pronunciada contra la especie humana: *Eres polvo y en polvo te has de convertir*. Y de esta perecedera sustancia se plasmaron las más solemnes formas compatibles con la seguridad del hombre; y los picos se irguieron, y los precipicios se desgajaron todo lo escarpados que fué posible, y así se crearon estas eminencias haciendo a la tierra habitable por los hombres, pues sin ellas, ni el aire sería purificado, ni se alimentaría el caudal de los ríos, y el orbe resultaría una gran planicie desierta o una estancada laguna.

He ahí cómo nacieron las montañas, esos gigantes que simbolizan la fuerza y grandiosidad de la Naturaleza, y al alzarse, magníficas, parecen querer unir, con un lazo de amor, el cielo y este pobre mundo, que, como dijo el príncipe de nuestra dramaturgia, "ya está viejo y chochea".

Pero tales alcores, altozanos, colinas, collados, cordilleras y serranías, verdadera avalancha de ondas materiales, desnudas de verdor, no eran todavía bellas; por el contrario, faltas de tonalidad, aparecían con su siniestra pesadumbre de esqueletos geológicos, ofreciendo el pavoroso aspecto de la osamenta grisácea de un animal monstruosamente aterrador. Y Cibele, que primeramente fué celosa, siempre fiel a su femenina condición, quiso luego ser coqueta, enjoyando con vistosos adornos sus hasta entonces desoladoras cumbres.

¿Cómo lo consiguió? Milton va a describirnos tan galana transformación: "Y Dios dijo: Cúbrase la tierra de hierba verde y engendre su semilla; produzcan los árboles sus frutos y que contengan los medios que han de reproducirlos. Y al punto, la tierra, desnuda hasta entonces, yerma, estéril, sin galas ni adornos, hizo brotar una eterna hierba que la cubrió enteramente de un verde agradable, y las plantas de toda clase de hojas florecieron súbitamente, abriendo sus varios colores y alegrando sus cálices con

dulce fragancia; y apenas se habían entreabierto sus corolas cuando florecieron las viñas coronadas de espesos racimos, los humildes matorrales y los arbustos entrelazaron sus erizadas cabbelleras; por último, se irguieron con movimiento concertado los majestuosos árboles y las altas cumbres se coronaron de espesos bosques”.

Hoy las montañas, exornadas con magnificencia lujuriosa, se alzan orgullosas de su majestad, su belleza y sus contrastes vigorosos. Sólo ellas ofrecen en su espacio relativamente limitado el máximo de diversidad y de pintorescas oposiciones, y así son, al propio tiempo severas y risueñas, salvajes y graciosas, téticas y alegres.

Junto a valles placenteros, torrentes tallados en abruptos precipicios. Cercanas a una cascada que despliega indolente el abanico de sus aguas, altas y escarpadas rocas, cuya base se cubre de restos y fragmentos de pedruscos confusamente amontonados evocando ideas de ruina y devastación.

A lo lejos el hilo plateado de un río semeja, trazando caprichos meandros, un gallardete que flameara gozoso, mientras en lo alto, casi desvanecida por la distancia, la línea gris de un camino sube hacia la cumbre, reptando cual una gran serpiente herida que arrastrara sus anillos por las faldas del montuoso macizo.

Allí, próximo a los derrubios de una ladera, yérguese pétrea una eminencia en cuyas grietas buscan refugio las alimañas, así lo para anidar las águilas y pónanse lanzando su siniestro grito buhos y cornejas.

Al final del horizonte se dibuja, robusta y atrevida, la silueta de la crestería, que, como una mujer presumida, se aprieta mimosa contra un manto de nieves y hielos y se cubre con un flotante velo de nubes, para dejar sobresalir sus picos pardos o dorados, sobre el fondo de la neblina, como las facetas de un quimérico brillante, blandamente posado sobre la seda de un cincelado cofrecillo de joyas.

Todo este vistoso osambre suple Cibeles adornarlo con tan caprichoso primor, que es imposible imaginar vestidura más refinadamente atractiva.

Trepan los bosquetes al asalto de las cúspides, con sus airosos laberintos de follaje y sus troncos que de enhiestos vense tornan-do en achaparrados al ir ganando altura, hasta llegar a convertirse en arbustos que extienden sus ramificaciones casi al ras del

suelo, como si imploraran sumisos perdón por la osadía de intentar alcanzar los vértices.

Los pastizales, cual tapices fastuosos de Esmirna o Mirzapore, aparecen cubiertos de una verdadera amalgama de corolas de abigarrados tonos, y en esta vegetación miríadas de élitros entonan un cántico gozoso para callarse en esa hora en que la noche, descendiendo por la escalera de las ramas, despierta a las bestezuelas que cruzan vagarosas con sus pupilas siempre dilatadas al acecho de la esperada presa.

Convencidos de la gran verdad que encierra esta frase de un glorioso escritor: "Veinte siglos no bastan para cantar una montaña", dejemos que la pluma genial de Lord Byron glorifique su magnificencia.

"Sobre mi cabeza, dice el bardo inmortal en "Childe Harold", se elevan los Alpes, palacio de la Naturaleza, cuyas vastas murallas corona una cornisa de hielos perdidos en las nubes; trono sublime y frío de la eternidad, donde se forma y de donde cae el alud, ¡ese rayo de nieve! En torno de aquellas cimas se ve reunido todo lo que puede elevar el espíritu y espantarlo, como para demostrar que la tierra goza en aproximarse al cielo, y dejar al hombre aquí abajo, mal que le pese a su orgullo."

Y esa Cibeles, deidad de la montaña, cuyo trono, según comenta Preller, se asienta en las cumbres y en las impenetrables soledades de los bosques, lleva su espiritual femineidad has a el punto de poner una sonrisa en las cimas del Spitzberg y Groenlandia, verdaderas huesas que el sol acaricia tímidamente con sus besos rubios.

En tales páramos cubiertos eternamente de nieve y hielo sólo la montañosa divinidad es capaz de fingir una piadosa quimera, alentando en ellos un soplo de vitalidad, falso, es cierto, pero lleno de halagos como una sonrisa prometedora, y así la poesía de estos blancos sudarios ofrece al viajero las apariciones más sorprendentes, como la que transcribimos del libro *Cuatro años en los hielos del polo*, del explorador Otto Sverdrup: "No existe cosa en el mundo que no esté aquí representada en la estupenda fantasía del frío. Allí flotan iglesias con torres y agujas, y con un esplendor de todos los colores del iris penetra la luz por sus ventanas; aquí permanece sentado en un témpano un gnomo colosal, con la cabeza entre los brazos; más lejos se encuentra una princesa vestida de blanco, durmiendo fuera de una caverna; más allá un lobo

en acecho; y, por último, se eleva hacia el cielo el palacio quimérico del rey de los hielos, con su filas de columnas de colores verde y azul acero, y cerca un terrible dragón asoma su extraña cabeza por la superficie del agua. A barlovento flotan *serugues*, es decir, acumulaciones de hielos rotos por las presiones, tomando la forma de un enorme mapa en relieve de la antigua época glaciaria; a sotavento se diseña un paisaje alpino en miniatura, con sus pináculos, verdes valles y profundos precipicios, y los espacios intermedios llenos de las invenciones de la inagotable potencia creadora de la Naturaleza."

Ya parece bastante, y, sin embargo, en su afán por ataviarse gentil, llega Cibeles a cometer la locura insigne de ornar las hecadas montañas de Islandia con géiseres y volcanes, cuyas hirvientes aguas y rojizas llamas, brotando entre las nieves, constituyen la paradoja más soberbiamente hermosa que pudo soñarse, juntando en un abrazo generoso y sublime la muerte y la vida, sin duda para mostrar a los humanos el lujo infinito de su adorno y la grandeza de su poder.

Ya tenemos las montañas en todo su desarrollo, y ante ellas hete esa molécula que se llama el hombre, insignificante desde el punto de vista material, pero gigantesco desde el moral, porque así, según definición de Isidoro Geoffroy, "como la planta vive, el animal vive y siente; el hombre vive, siente y piensa", y al sentir se abstrae, con lo cual concibe el ideal, imagina la poesía y crea las ciencias matemáticas.

Firme en esa abstracción, medita, ligando cuanto le rodea a los incidentes de su existencia, y por eso los griegos, pueblo de pastores, avaro de sus riquezas, rapsoda y guerrero ocasional, ve solamente en las montañas su belleza y dulzura, dejando las partes temibles para gigantes, titanes y cíclopes. antecesores de los personajes sobrenaturales que, según las leyendas de la Edad Media, poblaban sus recovecos.

En cambio, para los romanos, gente de llanura, esa montaña es algo pavoroso que se alza terrible cual un centinela siempre vigilante y en guardia para impedir el menor paso.

Montañeses los griegos, se asientan en los repliegues, adaptándose a ellos; hombres del llano los romanos, avanzan guiados por el espíritu de dominio y conquista, pero en ese avance han de vencer y escalar todos los picos y vértices que obstaculizan la marcha, y en su odio a la montaña, llegan a calificarla, como lo

hace Aurelius Víctor, de "muro infranqueable. Barrera ante la cual se siente uno como ahogado y aplastado. Todo un mundo de titanes, dispuestos a levantarse contra el hombre para aplastarlo y reducirlo a polvo".

Para el griego, eso montaña es morada de dioses; para el romano, mansión de monstruos, ideas que se repiten posteriormente, diferenciando a las razas del Sur y del Norte, sin duda, como apunta Ruskin, porque en el Sur los bosques se hallan en puntos elevados, casi inaccesibles, incultos y solitarios, y, por el contrario, en el Norte descienden hasta los valles y poblaciones, y ello es origen de que para Dante la idea de monte es tan altamente repulsiva que le lleva a colocar una de las escenas más lúgubres del "Infierno", en uno de cuyos árboles frecuentan las almas perdidas, en tanto Chaucer, Spencer y Shakespeare, envían sus favoritos a los bosques y confían sus personajes, Rosalinda, Elena y Silvia, a lugares en los que el inmortal poeta florentino sólo hubiera reservado para espíritus malditos y condenados.

Pero, no obstante lo apuntado, durante lustros y lustros, el mandato de Roma a sus legiones es el de escalar cimas y cimas para esparcir por el mundo la majestad del Imperio, y, a pesar de no ser el romano ni trepador de nacimiento, ni buscador de precipicios, se lanza al asalto de las cumbres con una intrepidez rayana en la osadía.

"Del terror a la adoración", escribe acertadamente Carlos Lantherie en su obra *El hombre frente a los Alpes*, comentando la frase del siguiente modo: "La transición es rápida en la débil imaginación humana, y por ello es natural que los altos vértices montañosos, coronados de nieves eternas, perdidos en el espacio y rodeados de nubes de donde salen a la vez los torrentes, las avalanchas y el rayo, fueran primero temidos y luego considerados por los romanos como templos terribles de espantosas divinidades."

Se suceden los siglos, el estado social cae y se transforma, dando vida al feudalismo, con lo cual montañas y bosques se convierten, no sólo en guarida de fieras, sino de algo peor, de aquellos hombres fieras que se llamaron los señores feudales.

No puede encontrarse morada mejor para este tipo humano, que la imponente de los picos casi inaccesibles. En ese paraje triste, salvaje, inculto y gris, sobre una cúspide rocosa, nada rima, si no es el castillo roquero, hosco, fiero, pesado, desde el cual el ba-



rón feudal y sus mesnadas descenden al llano, arrasando, robando, incendiando y violando, para tornar al terrorífico recinto y tratar de callar la serenidad de la conciencia con la locura de la orgía brutal.

Es lógico que en tal época la montaña inspirara, no ya temor frente a lo sobrenatural, sino angustioso espanto ante la barbarie material, espanto acrecentado por la fantasía, que, alocada por obsesionantes pesadillas, y sin duda no pudiendo creer que los hombres llegaran a tal extremo de cruel salvajismo, pobló esa montaña feudal de gigantes, animales monstruosos, diablos, espíritus malignos, espectros y toda clase de apariciones, algo así como una decoración de quinto acto de cualquier ópera romántica, o, mejor todavía, al modo de un auténtico decorado wagneriano.

Tales leyendas coincidieron precisamente con el postrer período del feudalismo, lo cual tiene una lógica explicación: aquél, herido de muerte, y próximo a desaparecer, no resignándose a perecer vulgarmente, buscó, en sus forcejeos por subsistir, rodearse de un terror que impresionara a las masas, y ninguno mejor que aliar lo sobrenatural a lo imponente y tétrico de las torres, cuyas ruinas se acumulaban formidables y amenazadoras.

Pronto la imaginación popular empezó a trabajar, forjando consejas y patrañas fabulosas: los castillos aparecían desmantelados, cierto, pero entre sus piedras calcinadas vagaban los malos espíritus, moraba el diablo, los dragones guardaban las entradas de salas y tesoros, y los propios señores esperaban en los sótanos, cubiertos de hierro y la espada en alto, prontos a lanzarse de nuevo sobre la llanura en una orgía de sangre y venganza.

Pero aún existía algo más pavoroso que esos fantasmas de relucientes arneses; ese algo era el propio Satanás, cuya mansión se trasladara a la montaña, y así, por todas ellas, existía un paso del diablo, un camino del diablo, un agujero del diablo, una roca del diablo y, sobre todo, un puente del diablo, cuyo origen, salvo detalles insignificantes, era siempre el mismo.

Los habitantes de una comarca precisaban construir un puente, pero carecían de lo indispensable para ello. Satanás, enterado de tales apuros, acudía en su ayuda, prestada con una sola condición: haría el puente, pero el primero que lo cruzara le perecería en cuerpo y alma.

Horripilados ante tal exigencia, acudían los desventurados a

consultar con cierto santo ermitaño, y éste, tras una larga meditación, precedida de fervientes oraciones, les aconsejaba la aceptación de tan infernal propuesta. Llegaba el trágico momento en que, finalizada la construcción, se hacía necesario hallar la víctima. Entonces aparecía nuevamente en escena el buen ermitaño acompañado de su fiel e inseparable perro, que, sin la menor desconfianza, atravesaba el puente, burlando al diablo, que desaparecía entre rugidos de ira.

Ese metálico chocar de espadas y esos aullidos coléricos ya parecen suficientes, y, sin embargo, la época creó todavía los basiliscos, que, nacidos de un huevo sin yema puesto por un gallo y empollado por un sapo, mataban con sólo la mirada o el silbido y tronchaban hierbas y arbustos con la ponzoña de su aliento. Las serpientes de cuerpo de fuego y ojos de carbunco, que depositaban al borde de las fuentes, cuando acudían a beber, reptiles extraordinarios, como el citado por Wagner en su *Historia Natural de Suiza*, con las siguientes palabras: "Juan Tinner, nacido en la aldea de Frumsen, de la baronía Altensax, *hombre probo y digno de crédito*, que todavía vive, me afirmó que hace doce años estuvo en la montaña de Frumserberg, y vió, en un lugar llamado Heuwelen, una serpiente horrible, la cual elevaba su cabeza semejante a la de un gato, sobre los tortuosos pliegues de su cuerpo, cuyo longitud era superior a siete pies". Y, por último, los dragones, antiguamente consagrados a Esculapio, y que no sólo dejaron sus huellas en la historia de todas las naciones, sino hasta en los propios escritos religiosos.

Se explica que, ante fauna tan horrenda, el hombre huyera de las montañas, y hasta aconsejara, como lo hace una poética leyenda alsaciana, "guardarse de ellas, porque encerraban toda clase de vampiros y caballeros armados", y, sin embargo, en esa misma época, desafiando tales y tamaños peligros, acaso para desterrarlos, nació la montaña religiosa con sus hospicios y conventos, creando los primeros para dar albergue al caminante, en tanto los segundos proponíanse roturar, cultivar y, si se nos permite la palabra, *civilizar* la montaña.

Admirables y santas instituciones, cuyo lema era el siguiente: "Todo viandante es un huésped y todo huésped es bien venido. A nadie se le puede preguntar quién es, de dónde viene, a dónde va, ni pueden indagarse los motivos que le llevan para internarse en

los montes; por el contrario, hay que guiarle y conducirlo hasta dejarle en buen camino.”

Y desafiando igualmente las iras montañosas, surgieron por aquel entonces los resignados peregrinos, cuya abnegación les infundía valor para escalar las cimas, sin cabalgaduras defensas, ni otras armas, que el rústico e inofensivo bordón, apoyándose en el cual marchaban estoicos, sostenidos por la fe y estimulados por el ardor de cumplir su voto y expiar su terrible falta.

Y con ellos, aunque en escala menor, aparecieron los mercaderes, que siempre y en toda ocasión el ansia de riquezas da bríos para cometer las mayores empresas y las más atrevidas locuras.

Y así, religiosos o comerciantes, con el pensamiento fijo en Dios, en el Diablo-oro, la Edad Media encontró sus viajeros famosos, que una vez se llamaban Juan Bouchet, “el caminante de vías peligrosas”, otras Etienne Lecocq, “el que corrió los caminos que van por montes escarpados” y otras Segismundo de la Perrière, “que llegó a las montañas más llenas de horror”.

De la inseguridad de las rutas y la acumulación de los peligros nació la idea de agrupación, base, sin duda, de esa Agencia Cook, que los ingleses del siglo XIX democratizaron en tan amplia escala, engendrando las caravanas de turistas que entre ¡ohs! y ¡ahs! admirativos recorren el planeta todo... sin enterarse de nada.

Caso típico de centro de peregrinación lo ofrece en nuestra Patria Santiago de Compostela. A él acudieron héroes y rufianes, caballeros y mendigos, santos y pecadores, en número tal, que, como afirma Isidoro Millán en su notable libro *A la sombra del Apóstol*: “Las catorce puertas que daban acceso al templo se veían obstruidas día y noche por verdaderas oleadas de seres humanos y el Cabildo tuvo que dictar reglas sobre la entrada de los mismos por naciones y el orden con que habían de adorar las sagradas reliquias y colocarse durante la celebración de las demás ceremonias religiosas.

Europa es una invención del camino de Santiago, afirma rotundamente el ilustre escritor Eugenio Montes. Santiago, en efecto, vino a ser crisol que recibía por sus múltiples accesos toda la variedad de razas, pueblos e idiomas que dividían al Viejo Mundo, y después de fundir sus diversos elementos en el culto común al ínclito Patrón de España, los devolvía a sus países de origen dotados de la unidad espiritual de que antes carecían y que ha

permitido a este continente conservar un índice de cultura que lo ha diferenciado de las demás partes del planeta y le ha dado la su premacía universal por la pureza de la fe y la elevación de la moral, bebidas en las claras fuentes de las peregrinaciones jacobeanas."

Y llegó la hora clara del Renacimiento, y con ella la de transformación, mejor todavía, la de revolución de la montaña, ya que las fuerzas naturales en ella encarnadas cesaron de servir a la causa del rapto y la violencia.

Al soplo vivificador de ese Renacimiento, germinaron centenares de ideas nuevas, y entre ellas las de ver, analizar y aprender lo que eran esas montañas tan temidas, esos lugares llenos de horror que tanto habían impresionado a las generaciones anteriores, y de este modo el peregrino se convirtió en el viajero sabio.

Todas las miradas de Europa quedaron fijas en dos astros de primera magnitud: El Papado y España. Italia atraía por su arte; España por su grandeza, y la humanidad fascinada por la luz que irradiaba de ambas naciones, poníase en marcha cruzando los Alpes y Pirineos en nutridas caravanas, lo cual llevó al hombre a familiarizarse con las cúspides y a conocer los beneficios de las hasta entonces temidas por espantosas montañas.

El Renacimiento nos trajo, entre otras grandes cosas desconocidas, la xilografía, que puede llamarse creadora del libro y la imagen. Ciertamente que en multitud de manuscritos se encontraban paisajes alpinos en concepto de elemento decorativo, mereciendo citarse entre ellos los famosos libros de horas de Juan Fouquet y del duque Luis de Saboya; pero, hasta la aparición de ese libro divulgador, puede decirse que la montaña no fué catalogada.

¡Oh primeras serranías de las escuelas xilográficas! ¡Primeros vértices tallados a cuchillo! ¡Rocas con sus aristas claras y precisas! Representaciones ingenuas en demasía y convencionales hasta lo inverosímil, pero que propalaron la imagen montañosa llevándola hasta conocimiento del hombre más sedentario, y por ello en todas las "Crónicas del mundo", en todas las "Cosmografías", en todos los "Theatrum Mundi", los "Theatrum Orbis Terrarum" y los "Orbis Totius Descriptio", es decir, en toda la literatura y cartografía, pueden encontrarse los incunables de la montaña, gráficamente representada y tipográficamente difundida.

Saliendo de la noche, entró en el alba de su historia, y no bas-

tándola la preponderancia en las publicaciones gráficas, buscó las interpretaciones y fantasías de la pintura, y ahí están todos los primitivos italianos, suizos y alemanes, recorriéndola, afanosos de encontrar una fuente de inspiración, y dando al mundo las obras prodigiosas de Memling, el primer pintor de montañas, a juicio de Augusto Bachelin, los hermanos Van Eyck, Cransch Van Leyden, Burgkmair, Mantegna, Giotto y el gran Leonardo de Vinci, del cual escribe Eugeno Müntz: "Desde sus principios Leonardo afirmó su predilección para los lugares rocosos y accidentados. El mineralogista y el geólogo luchaban en su alma con el artista, llevándole a apasionarse por las crestas en zigzags, las grutas, las extrañas y monstruosas rocas dolomíticas de Friul y los conos gigantescos emergiendo de las llanuras."

A la par que en la pintura, la montaña surgió en la poesía, en alas de las plumas mágicas de Gesner, Rebman y Peletier, el primero de los cuales llegó a escribir "que no sólo fortifican el cuerpo, sino que son el descanso más noble del espíritu", en tanto la imaginación del último, da la impresión exacta de que se aman y viven, y el lector parece sentir incluso el hollar de los humanos pies en un suelo todavía casi virgen.

Con pintores y poetas, los botánicos, seducidos por el estudio de una flora desconocida, lanzáronse a la aventura de escalar cimas, recorriendo las montañas en todos sentidos en busca de la flor oculta, la planta ignota y el análisis de los fenómenos que presiden las leyes vegetativas, contribuyendo notablemente a disipar los prejuicios que pesaban sobre ella, ya que se les veía tornar de las más terribles, sin daño alguno y con las manos llenas de "bálsamos y magníficos tesoros creados en ellas por la Naturaleza".

Y llegó el siglo XVIII, en el cual se conquistaron los altos vértices, se disiparon las últimas nubes, se descorrieron los velos que todavía se cernían sobre ellas y se cantó y pintó, mejor todavía, se glorificó la montaña.

Detenernos en este siglo y llegar en esbozo de su historia hasta el actual, nos llevaría a escribir cuartillas y cuartillas en cantidad tal, que, amontonadas, engendrarían una verdadera montaña de papel, aun cuando relatáramos sucintamente las proezas de Balmat, Pacard y Saussure, triunfadores del Mont-Blanc; los viajes alpinos de Bourrit, Guibert y La Roque; y los atrevimientos de Ramond al escalar los Pirineos; resumiéramos el sentimiento admirativo de Pezay y Duxeulx; esbozáramos la obra inmortal de

los paisajistas, cual Salvador Rosa, los grabadores como Juan Luis Alberli y los maestros de la talla de Gustavo Doré, d'Alligni y Viollet le Duc, creadores de la montaña fantástica, la histórica y la arquitectónica; y condensáramos las exploraciones de naturalistas, ingenieros, físicos y geólogos, cuyas osadas andanzas despertaron un deseo de emulación, base de los actuales clubs alpinos, nacidos en Londres el año 1857, al formarse una Sociedad, cuyo principal fin era perseguir aventuras en las cúspides, buscando observaciones científicas, agrupación que despertó tal entusiasmo y contó con tal número de adeptos, que se llegó a decir por Ricardo Brownin: "Vosotros, franceses, sois andarines de caminos. Nosotros, ingleses, andarines de montañas"; y esquemáticamente las proezas del avión, esa moderna águila que cerniéndose sobre los glaciares al igual que sobre los llanos, ha realizado los milenarios sueños de Icaro y Dédalo. Ciertamente que la montaña se ha defendido tenaz y ferozmente contra tal intruso, acaso celosa de ver sobrepasados sus más erguidos picachos, y así, Chavez, el primero que franqueó los Alpes, cayó mortalmente herido en Domo-dossola, donde la piedad italiana supo erigirle un monumento, y aunque tras un período de tres años, en que ningún otro campeón osó renovar la tentativa, Bider cruzó el macizo bearnés con éxito y sin daños; poco después, otro aviador, que realizó el *raid* Munich-Viena, halló igualmente la muerte en un desdichado accidente. La venganza de la montaña era feroz e implacable, venganza inútil, porque actualmente los terribles vientos de sus cimas han sido sojuzgados por el hombre, y por debajo de ellos, todos los veranos la elegante libélula del hidroavión revolotea, se posa y flota sin esfuerzo alguno en el lago de Bourget, lejano testigo de los románticos amores de Elvira y Lamartine.

Resulta estúpido, dice engoladamente cualquier sabihondo, exponerse a perecer trepando por las montañas, cuando existen autocares y funiculares y se puede caminar por los llanos sin el menor peligro, admirando paisajes bellísimos.

Repetido en otra forma, tal es el consejo dado por Gineas a Pírrro, y que Boileau expresó en esta forma: "¡Oh!, Señor, desde este día sin salir de Epiro, ¿quién os prohíbe reír de la mañana a la noche?"

Necia afirmación de estos cerebros oscuros, ignorantes de que el precepto en que se condensa toda la fórmula aristotélica puede resumirse en estas palabras: "El Placer es el resultado del es-

fuerzo normalmente realizado”, y que las montañas satisfacen cumplidamente tal necesidad.

Es falso que la felicidad se encuentre, como aseguran los filósofos miopes, en el reposo, la inmovilidad y el trabajo mínimo: ya Pascal dijo que hasta los poderosos morirían de fastidio si les faltara la actividad; la cual no es, como creía el pesimista asceta de Port Royal, una agitación estéril, cuyo fin es ocultarnos la crueldad de la vida y hacernos olvidar la vejez y la muerte, no. es un árbol sano y vigoroso lleno de frutos en sus ramas: el ser humano se creó para la acción, la cual le recompensa de sus esfuerzos, y por ello el hombre digno de tal denominación no debe permanecer cobardemente en su agujero, juzgándose así al abrigo del Destino, conforme a las doctrinas de Epicuro, sino que debe someterse al trabajo que es viril; a la fatiga que es sana, para conocer el riesgo y aprender a mirarlo cara a cara, desafiándolo sin jactancia y vencerlo sin orgullo.

Es evidente que nuestro equilibrio moral está en íntima relación con el físico, y esta es la razón de que el deporte alpino, activando las funciones orgánicas y renovando el oxígeno, obre al propio tiempo sobre la salud material y la espiritual, acción que se aumenta no solamente por la altitud, sino por el intenso ejercicio de los músculos.

Naturalmente, tal afirmación no debe llevarse al extremo que lo hace una Matilde Serao, al poner en boca de un anciano doctor que la Engadina es la comarca que posee el secreto de la vida. No hay lugar en el mundo que encierre la panacea de la salud y la longevidad. En general, el montañés ni es más fuerte, ni vive más años que el hombre de la llanura, y hasta se repite el caso de encontrar gran número de tuberculosos en las mismas crestas donde existen sanatorios para combatir tan tremendo mal. Hay para ello una razón poderosa: el que pudiéramos llamar indígena de la montaña, está adoptado al medio, y es el cambio de ese medio lo que reanima el organismo, pudiendo sostenerse la paradoja de que la montaña guarda sus beneficios para los que no la habitan.

Resultan verdaderamente notables los efectos fisiológicos producidos por las alturas, ya que todo descenso barométrico causa una impresión de malestar y enervamiento, y, en cambio, el paso de los llanos a las cúspides, traducido igualmente por una disminución en la presión atmosférica, lleva a resultados inversos. Sin duda, elementos diferentes de esa presión, que la ciencia ignora

y que bien pudieran ser de orden eléctrico o radiológico, influyen en ese cambio, tan confuso, que hasta los mismos biólogos difieren al apreciar los reflejos orgánicos producidos por la altitud, y así a la teoría de Paúl Bert, según la cual aumentan considerablemente los glóbulos rojos sanguíneos, se opone la del profesor italiano Mosso, quien sostiene que esa altitud atrae solamente mayor número de tales glóbulos en las proximidades de la piel, o, lo que es igual, que sólo causa una oxidación sanguínea superficial.

Recientemente, el fisiológico Kestner ha creído encontrar en el óxido de nitrógeno, es decir, en el gas hilarante, producido en mínimas cantidades por las ondas cortas de la radiación lumínica en las altas montañas, y en una serie de efectos corporales que ejerce sobre el organismo que lo respira, la explicación de los efectos del clima de altura.

Lo que resulta incontrovertible es que existen repercusiones nerviosas y cerebrales. Por eso sostiene Rousseau que con la ascensión a las cimas se animan y avivan las ideas, y proclama Michelet que "en ninguna parte se sienten mejor las libertades del alma", y ello, sin duda, mueve a Stendhal para conducir a Julián Sorel hasta el vértice del Arco, con el fin de que allí tenga plena conciencia de su voluntad, y fuerza al célebre alpinista Schwartz a escribir en su obra *Hacia el ideal por la montaña*, que ésta "es otro mundo, en el cual adquiere el hombre una superioridad que le eleva por encima de sus semejantes, haciéndole vibrar de noble entusiasmo".

Pero este armonioso equilibrio se rompe cuando la ascensión alcanza los 3.000 metros, y a partir de los cuales el ser humano se siente atacado por el llamado mal de las montañas, originado no se sabe si por el enrarecimiento del aire o por la radiación solar, el cual ofrece un cuadro sintomatológico análogo al de la congelación, comenzando por un cansancio que fuerza a detenerse; pero, en tanto en aquélla, al sentarse, se presenta un deseo invencible de dormir, en ese mal montañoso el enfermo se encuentra restablecido a los pocos minutos de parada, levantándose para volver a caer a los pocos pasos.

Y, apartándonos de la psicofisiología científica del clima de altura, y volviendo a la montaña en sí, podemos afirmar, como resumen de lo dicho, y siguiendo las inspiradas ideas de Grand



Garteret, que aquélla puede clasificarse como respondiendo a tres formas exteriores:

*La Montaña Medio*, y al mismo tiempo obstáculo a toda clase de empresas y transacciones.

*La Montaña-Deseo*, que se ofrece al hombre como la gran incógnita que es preciso resolver.

*La Montaña-Salud*, hacia la que se tienden los brazos y se vuelven las miradas de la humanidad doliente.

Y repetamos que en el sucederse de las centurias, esa montaña aparece siempre ejerciendo una influencia preponderante sobre el hombre, y así ha sido opresora, acogedora y regeneradora; ha dado nuevo aliento a las sensaciones humanas, nuevas perspectivas al espíritu, ha recibido en sus alturas como emblema simbólico el castillo fuerte, el hotel, el club y el sanatorio; fué sentida por Petrarca, celebrada por Chateaubriand, cantada por Senancur, alabada por Bernardino de Saint-Pierre, vino con Juan Jacobo Rousseau a renovar y vivificar el lenguaje y la concepción literaria, enriqueció el alma de bellas sensaciones emotivas con Byron y Goethe, modificó el pensamiento, creó el alpinista y el guerrillero, desarrolló el valor entre la mujer, llevando a Vigée Lebrún y a Mlle. D'Angeville hasta el vértigo de las alturas, y en todo momento, con su masa soberbia y altanera, es como un canto sublime a la fuerza y poder de la Naturaleza.

Pero sólo el alma es inmortal y esos colosos, pese a su arrogancia y fiereza, son perecederos como todo lo material. ¿Cómo se derrumban los cíclopes?... ¡Miradlo!... ¡¡Ya viene el cortejo!!... No es aquél magnífico, osado y altivo que cantó Rubén el excelso en sus estrofas más virilmente cinceladas; no se acerca brillante y suntuoso con el gesto hosco y fiero de los vencedores; no flamean al aire las banderas, ni la luz deslumbradora fulge al herir las armas; por el contrario, se aproxima taimadamente pausado, sin ruido ni ostentación, arrastrándose en su marcha para parecer más insignificante.

¡Contemplad a ese ejército que pasa! Lo forman gotitas de lluvia menudas y transparentes, que al titilar centellean con claridades multicolores; diminutos cristales de nieve de formas caprichosas y encantadoras; líquenes que se extienden cual débiles cortezas, pardas, blanquecinas o amarillentas; criptogámicos musgos que, medrosos de su mezquindad, se agrupan para formar estofados grupos.

¿Sabéis dónde marcha la liliputiense legión? Oído sin sonreír...: ¡Al asalto de las montañas!

Tan floja cohorte se lanza con temerario denuedo al ataque de esos colosos, ante los cuales temblaron los más intrépidos batalladores de la humanidad.

Paradoja que sería cómica, a no ser grandiosa y encerrar al propio tiempo una sabia lección: para luchar contra un gigante, una mesnada de pigmeos. No sólo para luchar, sino, lo que parece más absurdo, para vencer; porque ese al parecer despreciable ariete, a fuerza de batir la ingente masa, acaba por desmenuzarse al titán. Cada piedra es una fortaleza a demoler, cada mata una trinchera a tomar; no importa, el tiempo es largo, y con su auxilio, sin desmayos, lo casi microscópico aniquila a lo colosal.

Ahí es, en confirmación de lo dicho, esas terrosas pirámides, cuyo vértice se toca con un grueso pedrusco, a las que el vulgo, sin duda por su aspecto curioso de gracia y artificio, aplica el remoquete de *señoritas*, y los hombres doctos denominan más propiamente pirámides de erosión, las cuales se han formado por la sola acción del agua actuando sobre un terreno arenisco, compuesto de materiales de grosores diferentes, ligados entre sí por una pequeña cohesión.

Cada gota, antes de ser absorbida por la masa, ha desplazado una mínima cantidad de los elementos más finos, y así va la lluvia arrastrando lentamente las partículas y bajando la erguida frente de la columna, hasta que al aparecer en ella una piedra protectora, que la sirve de resguardo, la pirámide, apenas esbozada, comienza a perfeccionarse por la acción directa de la gota, que sólo arrebatará ya lo que puede alcanzar.

Juntad ahora las gotas por millares de millones hasta que formen un río impetuoso que, rugiendo, rebotando, como poseído de furia diabólica, se lanza devastador a través de la montaña, y tendréis el pavoroso torrente, el azote más formidable de cuantos castigan con rabiosa violencia a las cimas, que salta escupiéndole piedras y árboles, que pulverizan las laderas al chocar contra ellas. El monstruo cuyo hálito terrorífico, el aire que desplaza la veloz marcha de las aguas, destruye el equilibrio de las tierras sin consistencia y de los bloques mal asentados. En una palabra, el enemigo más feroz de cuantos contribuyen a desgarrar las montañas de plateada cabeza.

Esa misma agua ocasiona los enormes desprendimientos que

desmoronan laderas enteras. El cataclismo se debe a la acción de aquélla sobre capas que disuelve, y que, al desaparecer, hacen que los estratos caigan cual ruidos colosales de vetustas construcciones.

Y ahora veamos otro enemigo despiadado y poderoso: el alud.

El espeso manto de armiño de helada nieve que cubre los macizos va fundiéndose paulatinamente por su parte inferior. Corre bajo la nivosa protuberancia un riachuelo que socava la base de aquélla, y el alud principia, resbalando primero con tardo movimiento, pero al llegar a la varga, la masa de nieve, que pesa centenares de toneladas, rueda con velocidad creciente, engrosando de continuo y arrollando cuanto a su paso se opone.

Eliseo Reclus, con sobrias e inspiradas pinceladas, pinta el horripilante cuadro: "El alud arrastra piedras y tierras, como lo haría un torrente desbordado; hay más: por la fusión gradual de las nieves que forman sus capas inferiores, diluye tanto la tierra, que la convierte en un lodo blanquecino hendido por profundas grietas, el cual se hunde por su propio peso. El terreno adquiere fluidez hasta grandes profundidades y se escurre a lo largo de las pendientes, llevándose consigo, no sólo veredas y fragmentos de rocas sueltos, sino hasta casas y bosques. Lienzos enteros de montañas empapados por la nieve han resbalado así, en conjunto, con campos, pastos y habitantes; amontonándose y penetrando lentamente en el suelo con el agua producida por su fusión, la nieve basta para demoler una montaña."

En ocasiones es el propio ser humano quien se dedica a demoler la montaña, buscando en sus restos el preciado mineral. Pérez Galdós, el gran maestro, en *Fisonomías sociales*, describe con galanura extraordinaria la ruina del coloso: "Por todas partes, dice, al ocuparse de Bilbao en dicho libro, la dinamita amputa miembros a la cordillera; aquí cae un trozo, allí se abre un agujero donde cabría muy bien una ciudad; y corrientes vertiginosas que parecen ríos de piedra deslízanse a lo largo de los carriles. A orilla de la vía se ven montones de mineral formando cerros. Aquellas masas que fueron cimas y ahora son escombros, pasan en sucesivas porciones por la báscula antes de ser embarcadas; de este modo, el minero sabe hallar los adarques que arranca a la tierra. Es imposible ver sin emoción cómo cae innoblemente en las bodegas de los buques la peña en que hicieron su nido las águilas. La imaginación se deja llevar hacia el insondable abismo de

las transformaciones industriales y considera el largo camino que tiene que andar la materia, para pasar de la piedra informe a la llanta del carro, a la herradura del corcel y al alfiler de la dama.”

Prescindiendo de esta humana destrucción obligada por la necesidad de resolver multitud de fines industriales, la montaña, consciente de su grandiosidad, se abate con la arrogancia de los gladiadores, luchando contra sus enemigos en épico combate, cayendo desmenuzada entre la bárbara sinfonía del trueno que rueda con salvaje fragor y los lamentos del huracán que se agarra a los picos extendiendo por el cielo su negro manto, para avanzar furioso en alas de los silbantes vientos, en tanto sus tierras desgarradas y trituradas van a buscar en el fondo de los océanos la única tumba digna de un gigante: el mar.

Una sola muralla puede oponerse a ese ejército que roe las entrañas del coloso... ¡El árbol!

¡Repoblad y evitaréis que las ingentes moles, convertidas en un caos de lodos, peñascos, plantas y restos de animales y edificios, se desborden apocalípticos por los valles, trocándolos de fecundos en estériles!!...

¡Repoblad y las columnas arbóreas que se formarán en los bosques, constituirán el descanso del montañés, que no verá su casa amenazada, ni sus cultivos desaparecidos!!...

¡Repoblad y formaréis una sólida muralla que, conteniendo el suelo, impedirá que lo mejor de la patria vaya a perderse en los enigmas abisales!...

¡Repoblad y haréis que esas montañas vuelvan, si no como antaño, a ser asilo de deidades, por lo menos mansión de paz, riqueza y salubridad!...

Pensemos ahora que en España hay millares y millares de hectáreas desprovistas de toda vegetación, y la consecuencia de tal pensamiento no puede ser otra que la de laborar con fe, ahinco y entusiasmo, para vestir esas desnudas Sierras, y así, con ese esfuerzo al parecer prosaico, se realizará una misión tan patriótica como bella, ya que en su ejecución se irá escribiendo sobre el ingente pergamino de las cúspides, con la palabra material a la par productiva y magnífica del árbol, la bucólica más sentida y la égloga más inspirada que concibió el pensamiento humano.